

LOS EFECTOS POLÍTICOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Tomás IBÁÑEZ GRACIA*

RESUMEN

Se examina la manera en que se ha planteado tradicionalmente la relación entre Psicología Social y Política, y se sugiere un nuevo entendimiento de dicha relación basado en el carácter intrínsecamente socio-político de la Psicología Social. El análisis de los efectos políticos que se desprenden de la teorización y de la práctica psicociológicas conduce a un cuestionamiento del tipo de saber que se elabora en esta disciplina. Este cuestionamiento se lleva a cabo utilizando una analogía con el principio de indeterminación de Heisenberg.

ABSTRACT

The classical point of view concerning the relations between social psychology and politics is submitted to a close analysis. A new way of formulating this relationship is suggested on the grounds of the intrinsically socio-political character of social psychology. The analysis of the political effects which are produced by psychosociological theorization and praxis leads to a reconsideration of the kind of knowledge which is produced by social-psychologists. This reconsideration is based on an analogical application of Heisenberg's principle of indetermination.

* Profesor de Psicología Social de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona.

La afirmación según la cual existen diversas conexiones entre lo político por una parte y la Psicología Social por otra, no constituye ninguna novedad.

De hecho, la compenetración entre estos dos dominios se puede verificar a lo largo de la historia del pensamiento sobre la sociedad. Tan sólo citaré tres puntos de referencia que ilustran esta relación o que, por lo menos, pueden considerarse como sintomáticos de su existencia:

— Los historiadores de la Psicología Social, G.W. ALLPORT por ejemplo, sitúan en Aristóteles los primeros fundamentos de la constitución de un saber psicosociológico. Es precisamente al mismo hombre al que se refieren los historiadores de la ciencia política para ubicar los inicios de una psicología.

Por supuesto, Aristóteles es también el iniciador de muchas otras cosas y podría interpretarse este dato como una mera coincidencia.

— Pero la coincidencia se repite en los inicios de la era moderna. En efecto, Nicolás Maquiavello es, sin duda alguna, el primer politicólogo de la modernidad, y bastantes psicólogos sociales, entre los que me cuento, no dudan en situar, también, a Maquiavello como el precursor y el fundador de la Psicología Social moderna.

— Por fin, podemos ver cómo, en los inicios de la era industrial, Charles Fourier reúne en su persona la doble característica de ser uno de los iniciadores del llamado socialismo utópico y de ser quizás el inspirador de los primeros experimentos en toda la historia de la Psicología Social, que realizaría su discípulo Jean Baptiste Godin (R. Pagés, 1958).

Se podrían citar, sin duda alguna, muchos otros ejemplos de concomitancia entre los pensamientos políticos y psicosociales, pero estas tres me parecen paradigmáticas. En efecto, no se trata simplemente de teóricos que se han preocupado simultáneamente por lo político y por lo psicológico-social, sino que estamos ante pensadores seminales, en el sentido literal de la palabra, en ambos campos, y esto es ya bastante más significativo.

Probablemente podemos atribuir a estos nexos entre lo político y la Psicología Social la virulencia con la cual ha sido valorada la función política de la misma, tanto en sentido positivo como en sentido negativo.

Por ejemplo, en los años 30 y 40 la Psicología Social despertaba entusiasmos y aparecía como algo que podía contribuir extraordinariamente a la emancipación social, a la reducción de los conflictos y a la lucha contra el totalitarismo, especialmente contra el totalitarismo nazi. K. LEWIN, S.

ASCH, J.L. MORENO son ejemplos notorios de esta actitud.

Sin embargo, en los años 60, la Psicología Social empezó a ser denunciada, con igual vigor, como una disciplina «alienante» y los psicólogos fueron tildados de «lacayos del capitalismo» y de «agentes de la represión». Por ejemplo, en mayo de 1968 circuló una versión de una de las famosas pintadas murales que decía: «La humanidad no alcanzará la felicidad mientras no hayamos colgado al último burócrata con las tripas del último psicólogo».

Aprovecho estas referencias para indicar que no me situaré en un plano normativo, y que no voy a valorar si los efectos políticos de la Psicología Social son buenos o malos, si la práctica y la función del psicólogo es buena, mala o neutra. Intentaré situarme más allá del bien y del mal, por decirlo de alguna manera, sabiendo perfectamente que esto no implica que mi análisis escape, ni tampoco lo pretende, a fuertes supuestos ideológicos implícitos.

En mi opinión, los psicólogos sociales y las psicologías sociales como conjunto, están social y políticamente comprometidos, lo quieran o no, por encima de las opciones políticas o sociales de cada individuo concreto que integra ese conjunto. Se trata precisamente de dilucidar cuál es ese compromiso. Esta dilucidación no se puede conducir desde los discursos autorreferenciales de la Psicología Social ni desde las declaraciones de intenciones o las racionalizaciones acerca de la propia práctica. Discutir sobre cuál debería ser el compromiso social del psicólogo social es, de alguna forma, retrotraerse a los planteamientos de los años 40.

Bien, no constituye ninguna novedad afirmar que existen relaciones entre la Psicología Social y la política, pero sí creo que se puede enunciar una tesis novedosa, por lo menos en la radicalidad de su formulación y en el alcance de sus implicaciones. Esta tesis puede formularse muy simplemente diciendo que:

*La Psicología Social es directa,
intrínseca, total y fundamentalmente
política.*

La idea según la cual la Psicología Social pertenece de lleno al dominio de la política, y que la Psicología Social es política tanto en sus efectos como en su naturaleza y en su práctica, constituye la única cosa que pretendo argumentar aquí, junto con dos o tres ideas subsidiarias cuya validez es muy cuestionable, soy consciente de ello, pero que tienen por lo menos el interés de hacernos salir de los senderos trillados.

Estas ideas surgen de procedimientos analógicos. Por ejemplo, aplicando a las ciencias sociales el «principio de indeterminación» de HEISENBERG, formularé más adelante un «principio de indeterminación de los objetos sociales», y recurriendo a una analogía con la «genética de las poblaciones, animales o vegetales», formularé lo que he llamado un «principio de riesgo en la homogeneización política». El razonamiento analógico conduce con frecuencia a planteamientos erróneos y no tiene cabida como tal en los contextos de verificación (o de falsación), pero no cabe duda que su función heurística es importante y que tiene plena utilidad en los contextos de descubrimiento.

Antes de proceder a la argumentación de mi tesis, creo que puede ser útil acotarla con mayor precisión, excluyendo de su universo de significación algunos aspectos que lo conforman y que constituyen precisamente lo que llamaré el análisis clásico de la relación entre política y Psicología Social:

1º *Los efectos políticos de la intervención psicosociológica*

a) Se considera que la Psicología Social incide en lo político en la medida en que su vertiente de aplicación, y más específicamente su práctica de intervención en distintos tipos de instituciones (Empresas, escuelas, organizaciones,...) o en distintas áreas sociales (familia, barrios, comunidades,...) coayudan a facilitar o a potenciar la «integración social» de los individuos y de los grupos, reduciendo los conflictos y regulando las tensiones. A partir de aquí se ha desarrollado la llamada «ideología de las relaciones humanas» y parte de la dinámica de grupos.

La Psicología Social no ayudaría a «cambiar las cosas» sino que contribuiría a volverlas «soportables», posibilitando su «reformulación subjetiva». La adaptación constituye aquí el objetivo principal en la medida en que permite evitar los sufrimientos ocasionados necesariamente por las tensiones que resultan de la inadaptación.

b) En esta misma línea otros analistas, situándose en el polo opuesto, consideran que la Psicología Social «aplicada» puede ayudar a «revelar las contradicciones», desconstruyendo, descristalizando, dereificando las viejas escrituras y potenciando su contestación. Estas consideraciones, desarrolladas especialmente por Kurt LEWIN, se anticipan notablemente a los análisis realizados por los «institucionalistas», pero siguen situando en la «práctica de intervención social» el aspecto político de la Psicología Social.

La Psicología Social aparece aquí como un instrumento político para «mejorar la sociedad» (J.L. MORENO hablaba, por ejemplo, de la necesidad de una «revolución sociométrica» para cambiar radicalmente la socie-

dad). Toda una corriente de la dinámica de grupo ha recogido esta herencia que se traduce actualmente para ella en una auténtica lluvia de oro.

2º *Los condicionamientos políticos del saber psicosociológico*

Distinguiré tres aspectos:

a) La Psicología Social es una disciplina especialmente sensible a la «demanda social» implícita que se formula desde los grupos sociales con suficiente poder para hacerse entender. La selección de los problemas que aparecen como «obviamente pertinentes» y que parecen surgir «espontáneamente» en el campo de la Psicología Social, está fuertemente determinada por las necesidades de los grupos socio/políticamente dominantes (negociación/competición en la inmediata post-guerra, estudio de los «riots» en los años 70, etc.). En este sentido está claro que se ejercen determinaciones políticas en la propia formulación de los temas de investigación de la disciplina. El reciente énfasis puesto sobre el tema de la «relevancia» es sintomático de esta sensibilidad social.

b) La Psicología Social está relacionada con lo político en la medida en que sus teorías tienen consecuencias políticas y encierran a la vez fuertes presupuestos de origen ideológico/político. Ambos factores son especialmente «evidentes» en ciertas teorías que pertenecen al campo de la sociobiología, al campo de la etología (especialmente sobre el tema de la agresividad) o al campo del estudio diferencial de la inteligencia. Pero también podríamos mencionar otras teorías, como por ejemplo:

- la teoría del desamparo aprendido,
- las teorías de la coherencia cognitiva,
- las teorías del intercambio,
- las teorías del conformismo, etc.

c) La vinculación política aparece claramente en ciertas utilizaciones con fines directamente políticos de los resultados alcanzados por la Psicología Social. Sería fácil hablar a este respecto de la utilización gubernamental de los estudios sobre persuasión colectiva, o de la utilización de los conocimientos acerca de los procesos de negociación que se llevan a cabo tanto en el ámbito gubernamental como empresarial.

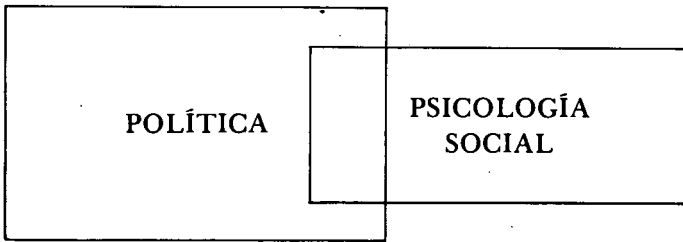
3º *La Psicología Social como estudio específico de lo político*

Por fin, se considera que la Psicología Social está vinculada a la esfera política en la medida en que estudia directamente diferentes aspectos de la actividad política. Este campo abarca desde el estudio de los comportamientos de voto hasta el estudio de los «fenómenos de opinión» pasando por el im-

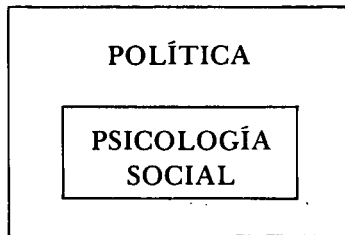
portantísimo tema de la «imagen de los líderes políticos». Es probable que este sector de actividad de la Psicología Social conozca una progresión acelerada en el futuro inmediato y que los psicólogos se incorporen cada vez más a los equipos de especialistas que realizan las campañas políticas de los grandes partidos.

Aunque convendría probablemente matizar ciertos aspectos, parece estar fuera de duda que el conjunto de los factores mencionados en el análisis clásico de la relación entre política y Psicología Social, son factores que intervienen efectivamente y con fuerte incidencia. Creo, sin embargo, que la interpenetración entre la política y la Psicología Social es mucho más fundamental, y que conviene analizarla desde unos supuestos más allá de simples relaciones de dependencia instrumental de tipo más o menos coyuntural.

Frente a la conceptualización de las relaciones entre la política y la Psicología Social, expresada en términos de solapamiento parcial y de relaciones de dependencia o de subordinación funcional parciales:



hay que contraponer una conceptualización expresada en términos de *inclusión*:



1º *La Psicología Social constituye una condición de posibilidad, estrictamente necesaria para la gestión política de las sociedades modernas. Es decir, las sociedades modernas exigen directamente una ciencia psicociológica para su regulación política.*

Las razones por las cuales la Psicología Social emerge como una exigencia a partir del propio funcionamiento de la esfera política en las sociedades *modernas* y como una pieza esencial en el engranaje de la gestión política de la sociedad, son básicamente de dos tipos:

a) La idea según la cual la estructura y la configuración de la sociedad no pertenecen al mundo de las «cosas naturales», que no están inscritas en el «orden mismo de las cosas», es una idea muy reciente. La introducción de la dimensión histórica en el pensamiento de lo social relativiza la conceptualización de las formaciones sociales y, sobre todo, torna posible la posibilidad misma de orientar la evolución de la sociedad y de incidir sobre las características mismas de la sociedad. A partir del momento, muy reciente, en que se historiza lo social y se forja una representación de lo social como sistema cuyas características han seguido un rumbo cambiante a lo largo del tiempo, se engendra inmediatamente la idea de que se puede gobernar ese rumbo, o por lo menos incidir sobre él. A partir de ese mismo momento se crea la necesidad de una Psicología Social. ¿Por qué razón? Sencillamente porque la introducción de un factor de volición humana en el control y la modificación de lo social, abre paso a la toma en consideración del papel que juegan en la determinación política de la sociedad los deseos colectivos, las representaciones sociales, en definitiva las *ideologías*.

En definitiva, a partir del momento en que surge la idea moderna de que el «modelo de sociedad» puede ser determinado, en cierta medida, por la acción política, se torna indispensable producir un conocimiento acerca del funcionamiento ideológico, y podemos considerar con MOSCOVICI (1971) que éste es precisamente el objeto epistémico de la Psicología Social. Esto no se contrapone a la idea de una determinación material de las ideologías, pero ya sabemos que el propio MARX decía que una convicción popular tiene a menudo la misma energía que una fuerza material.

Cambiar la sociedad, o mantenerla en su «status quo», es decir, ejercer una acción política, implica, pues, controlar o incidir sobre esas convicciones populares y esto es precisamente lo que permite la Psicología Social. (No resisto la tentación de establecer, incidentalmente y entre paréntesis, una vinculación, ciertamente sacrílega, entre MARX y el tercer mundo de Karl POPPER).

b) El segundo bloque de razones por las cuales la Psicología Social constituye una parte consustancial la gestión política moderna es quizás aún más reciente y está relacionado con la articulación de los fenómenos *macrosociales* y de los funcionamientos *microsociales*. En efecto, se ha ido forjando

poco a poco la convicción de que las instancias microsociales disponían de un cierto grado de *autonomía* en relación con las macroestructuras en las que están englobadas. Esto significa que lo microsocial no es reductible a lo macrosocial, es decir, que tiene unas determinaciones que le son inherentes, que le son intrínsecas, pero, sobre todo, esto significa que las decisiones y las acciones emprendidas en el plano macrosocial, es decir, que afectan a la política global, pueden tener efectos distintos de los que se pretenden en el plano microsocial e incluso «efectos perversos». No se puede gestionar, por lo tanto, la sociedad global sin un conocimiento de las regulaciones microsociales, y ya sabemos que la Psicología Social se inserta precisamente en el punto de articulación entre lo microsocial y lo macrosocial. Existen, además, otros factores, que no desarrollaré aquí, pero que acentúan la importancia de la articulación micro/macro. Estos factores están relacionados con las concepciones foucaultianas acerca del modo de ejercicio moderno de las relaciones de poder que se basan en una dialéctica entre las incidencias infinitesimales extraordinariamente detalladas y precisas, por una parte, y los efectos de conjunto o el tratamiento molar de la información por otra.

Tampoco abordaré, aunque sería interesante hacerlo, las consideraciones de PRIGOGINE (1979), que relaciona el nivel de complejidad de un sistema con la rapidez de los intercambios informativos en su seno, y del tratamiento de la información a nivel del sistema global. Estas consideraciones nos llevarían a enfatizar la necesidad de la existencia de «antenas» psicopsicológicas numerosas y bien distribuidas en todo el tejido social, capaces de transmitir con celeridad las más tenues fluctuaciones sociales.

En resumen, la Psicología Social aparece, por lo menos por dos grandes tipos de razones, como consustancial con la gestión política moderna de las sociedades: porque trata de las determinaciones ideológicas: de lo social y porque la política macrosocial debe, necesariamente, calibrar sus efectos y su representación en lo que afecta a las instancias microsociales que conforman la vida social en su dimensión cotidiana.

2º La Psicología Social es política porque produce intrínsecamente unos efectos de índole política.

Me parece que para explicar esta cuestión vale la pena citar textualmente lo que escribió EISENBERG (1974):

«...Los planetas seguirán recorriendo sus órbitas independientemente de que se las mire como heliocéntricas o como geocéntricas. Solamente cambiará el grado de complejidad de las ecuaciones que engendramos para dar

cuenta de sus trayectorias. Pero los movimientos planetarios mantendrán una indiferencia sublime frente a nuestras astronomías terrenales. Sin embargo, el comportamiento del hombre no presenta semejante indiferencia ante las teorías acerca de las conductas humanas».

Las teorías sobre la conducta modifican la conducta y el saber producido sobre la sociedad modifica la sociedad. En tanto que el saber psicosociológico constituye un saber sobre objetos sociales, está claro que tampoco escapa a esta regla y que modifica, independientemente de sus propósitos, la realidad social estudiada; sus efectos modificadores son por lo tanto intrínsecos. Se trata de ver en qué dirección se desarrolla esta modificación. Antes de apuntar hacia algunos elementos de análisis quiero señalar lo que bien podría constituir una paradoja inherente a las ciencias sociales, semejante a lo que Heisenberg formula para las ciencias microfísicas: No puede darse un saber exacto en ciencias sociales en la medida en que su producción altera necesariamente el objeto conocido, el cual deja, *ipso facto*, de presentar las características que lo definían antes de ser estudiado. Se puede afirmar incluso que *cuanto más exacto y preciso sea el saber constituido mayor será la modificación del objeto estudiado*. Esto nos deja en la alternativa de elegir entre un saber «impreciso», «aproximativo», pero que siga siendo congruente con su objeto, y un saber preciso, sofisticado pero que ya no se corresponda con la realidad estudiada. Esta realidad social o psicosocial se modifica, por supuesto, en relación a la rapidez con la cual el saber producido sobre ella se extiende a través de la sociedad, pero no parece arriesgado afirmar que nos encontramos justamente en un período de acumulación del flujo informativo. Podemos encontrar en MORENO y en LEWIN la idea de una praxis psicosociológica que «estudia la sociedad transformándola», pero está claro que la cuestión es tratada aquí desde otra perspectiva. Tampoco abordamos aquí la interesantísima cuestión de saber si es posible, y en qué condiciones, estudiar un objeto social o psicosocial sin que los propios procedimientos de investigación lo modifiquen.

Cerrando esta digresión en torno al «principio de indeterminación en ciencias sociales», veamos en qué direcciones políticas actúa la producción del saber psicosociológico. Entiendo que los conceptos clave para enfocar esta cuestión son los de «normalización» y «homogeneización».

Las sociedades modernas se transforman siguiendo una doble dirección de complicación social y técnica, con su correspondiente diversificación social, y de homogeneización socio-política. El abanico de modelos políticos de sociedades existentes se va reduciendo paulatinamente, e incluso se van reduciendo en el seno de cada sociedad los proyectos «posibilistas» de mode-

los alternativos. Esta tendencia a la uniformización no es quizás extraña a la proliferación actual de núcleos y sectores marginales que brotan en la periferia política de las sociedades. En cuanto a las consecuencias sociopolíticas de este fenómeno de homogeneización, me parece interesante proceder a una reflexión analógica a partir de la «genética de las poblaciones».

Sabemos que cuando, por razones de eficacia inmediata, se reduce la variedad genética de una especie, las consecuencias a largo alcance pueden ser catastróficas. Cuando se seleccionan dos o tres variedades de trigo, las más «rentables», y a través de la generalización y extensión de su cultivo exclusivo se condena a la desaparición a los cientos de variedades alternativas, se provocan dos fenómenos: primero se fragilizan las posibilidades de supervivencia de la especie en la medida en que desaparecen las variedades que hubieran podido adaptarse a los cambios imprevisibles que pueden producirse y aniquilar las dos o tres variedades seleccionadas. Segundo, se merman las posibilidades de diferenciación innovadora en el seno de la especie, es decir, su «creatividad». No me parece descabellado postular un efecto semejante en las sociedades.

La reducción de la diversidad sociopolítica merma las posibilidades de readaptación a contextos radicalmente cambiados, de ahí que las «crisis» sean cada vez más «planetarias», y merma también las capacidades de innovación social en el plano de los modelos socio políticos posibles. Este proceso de fagocitación de las diferencias conduce a la formulación de un «principio de riesgo inherente a la homogeneización política».

¿En qué medida contribuye o coayuda la Psicología Social a esta homogeneización sociopolítica?

Si aceptamos la idea de que las conductas sociales se ven afectadas de alguna manera por el saber producido por ellas, entonces se puede decir que el saber psicosociológico produce un efecto «normalizador» en la sociedad global y ello por dos razones principales:

a) en su pretensión nomotética, la Psicología Social produce saberes acerca de los funcionamientos «normales», «centrales», de los fenómenos estudiados, tanto si se trata de fenómenos socialmente mayoritarios y dominantes, como si se trata de fenómenos minoritarios y «desviantes». Dicho de otra forma, construye modelos teóricos de los fenómenos estudiados, borrando, por supuesto, los aspectos menos «representativos» o más singulares. La reinserción o reinyección de este saber en las realidades estudiadas tiende a constituir el modelo como «centro atractor» de las formas sociales que caracterizan esas realidades, contribuyendo a su homogeneización paulatina.

b) en su especial énfasis sobre las situaciones de quasi-equilibrio (se puede considerar el «equilibrio» como el concepto central de la disciplina tanto en sus orientaciones cognotivistas como conductistas i.e. por ejemplo intercambistas) la Psicología Social coayuda a engendrar representaciones sociales polarizadas sobre el equilibrio y a fomentar modelos de relaciones sociales y de conductas que reducen su «dispersión» y que fluctúan cerca de los puntos de equilibrio.

A modo de conclusión quisiera introducir algunos elementos prospectivos y formular pese a todo algunas consideraciones normativas.

Me parece que si la relación entre la Psicología Social y la política es del tipo que he postulado se puede entonces pronosticar que los temas dominantes de la Psicología Social en un futuro inmediato girarán en torno a la problemática del «cambio social» y, quizás de forma aún más aguda, se centrarán sobre el tema de las conductas sociales «autónomas». El área de la libertad, la cuestión del sentimiento de autocontrol y de autodeterminación de las propias conductas puede constituir efectivamente el sector más «caliente» para la articulación política de lo macrosocial y de lo microsociales. Y es posiblemente en este sector donde se produzca la mayor actividad de cara a constituir las sociotecnologías de la «gestión» política de la sociedad global.

En cuanto a opinar desde un punto de vista personal sobre la deseabilidad o no de los actuales efectos políticos de la Psicología Social, es claro que no los considero como susceptibles de ampliar los márgenes de libertad real en la estructura social y de potenciar vías de emancipación social. No digo, sin embargo, que existan posibilidades de reorientar los efectos políticos de la Psicología Social. La perspectiva exotérica (por oposición a esotérica) a la que apuntan algunos autores no me parece viable en la medida en que la publicidad de los conocimientos producidos sobre los mecanismos sociales presenta unos flujos inmensamente desiguales según los segmentos sociales considerados. Como tentativa, la única salida que me atrevería a sugerir consiste en orientar los instrumentos de análisis de la Psicología Social hacia la dilucidación de los funcionamientos y de las regulaciones propias de los grupos dominantes.

Bibliografía

- ALLPORT, G.W., «The historical background of Modern Social Psychology», en G. LINDZEY y E. ARONSON (eds.), *The handbook of social psychology*. Reading (Mass.). Addison-Wesley, 1968, Vol. I.
- EISENBERG, G.L., «Éthique et sciences de l'homme», en MORIN, E. y PIATTELLI-PALMARINI, M. (Eds.), *L'unité de l'homme*, París, Seuil, 1974, p. 789.
- MOSCOVICI, S.; PAGES, R.; MORIN, E. y otros, *Psicología social y compromiso político*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso editor, 1971.
- PAGES, R., «Quelques sources notamment fourieristes de la sociologie expérimentale», en *Archives int. de Sociol. de la Coopération*, 4, 1958, pp. 127-154.
- PRIGOGINE, I. y STENGERS, I., *La nouvelle alliance*, París, Gallimard, 1979.